



## UNAS NOTAS SOBRE EL *ABENCERRAJE* Y LA LLAMADA NOVELA MORISCA

Pasa el *Abencerraje* por ser la novela morisca por antonomasia<sup>1</sup> y da lugar, según asume la tradición crítica más autorizada<sup>2</sup>, a esa veta temática y ornamental que llamamos literatura morisca, con especial atención al romancero. Es razón que difícilmente vendremos a desdecir cuando en otra parte nos hemos referido al romancero morisco como «verdadera estirpe» de la novelita<sup>3</sup>: el género morisco en general y su vertiente en romance nos parecen, quede escrito desde ya, herencia directa de una sentimentalidad maurófila inaugurada por y difundida con el *Abencerraje*. La herencia, además, primera en el tiempo y más afortunada; pero no por ello la única, puesto que tanto o más le debe la literatura culta de cautiverio.

Ya la unidad genérica de la llamada novela morisca, y matizamos con «llamada» porque así lo hacen Rey Hazas o Teijeiro Fuentes<sup>4</sup>, plantea no pocos problemas. Su tríada canónica la conformarían, junto con el *Abencerraje*, las *Guerras Civiles* de Pérez de Hita y esa historia de *Ozmín y Daraja* que Mateo Alemán inserta en la primera parte del

---

<sup>1</sup> Que lo es, si atendemos a su fortuna y legado. Con todo, no estará de más recordar que para M<sup>a</sup> Soledad Carrasco Urgoiti, *El moro de Granada en la literatura (Del siglo XV al XX)* (Madrid: Revista de Occidente, 1956), 63, «la obra fundamental del género morisco, aunque inferior en mérito intrínseco a *El Abencerraje*, es la novela histórica de Ginés Pérez de Hita».

<sup>2</sup> Francisco López Estrada sitúa la novelita «a la cabeza del grupo genérico morisco» en la "Introducción" a su edición de *El Abencerraje (Novela Y Romancero)* (Madrid: Cátedra, 2005), 23; Amelia García Valdecasas, *El género morisco en las fuentes del "Romancero General"* (Valencia: UNED Alzira - Diputación de Valencia, 1987), 22-23, entiende que el paso del romancero fronterizo al morisco comienza a darse cuando los Timoneda, Lucas Rodríguez o Padilla se fijan en la historia de Abindarráez y Jarifa y la versionan en romance; y para Antonio Rey Hazas, *Jarifas y Abencerrajes. Antología de la literatura morisca* (Madrid: Mare Nostrum, 2005), 27, el romancero morisco nace «a la zaga del *Abencerraje*». No lo había tenido tan claro Carrasco Urgoiti, *El moro*, 49: «[...] ignoramos si la figura idealizada del moro sentimental llegó a cuajar en la poesía morisca antes de hacer con *El Abencerraje* su noble y un tanto misteriosa aparición en el terreno de la novela».

<sup>3</sup> "Cuando la Corte mira a la frontera: Génesis y disolución del romancero morisco", en *La Corte del Barroco. Textos Literarios, Avisos, Manuales de Corte, Etiqueta y Oratoria*, ed. A. Rey Hazas, M. de la Campa Gutiérrez y E. Jiménez Pablo (Madrid: Polifemo, 2016), 666. Tenemos en prensa, además, otro trabajo donde se intenta justificar que la moda morisca no es fruto de la guerra de las Alpujarras, como tantas veces se ha dicho, sino secuela de la novelita: "De la sublevación de las Alpujarras al romancero morisco", en *Viejos son, pero no cansan. Novos Estudos sobre o Romancero*, ed. Sandra Boto (Coimbra: Universidade de Coimbra - Fundación Ramón Menéndez Pidal, [en prensa]).

<sup>4</sup> Véanse, respectivamente, Antonio Rey Hazas, "Introducción a La Novela del Siglo de Oro, I (Formas de narrativa idealista)", *Edad de Oro* 1 (1982): 85; y Miguel Ángel Teijeiro Fuentes, "La novela de moros y cristianos entre la ficción y la realidad: la llamada novela morisca", en *De los caballeros andantes a los peregrinos enamorados. La novela española en el siglo de oro*, ed. M. A. Teijeiro Fuentes y J. Guijarro Ceballos (Cáceres: Eneida, 2007), 287. Por su parte, Saadan se pregunta: «¿Es novela morisca, de tema morisco o escrita por moriscos? Ninguna de las acepciones cuadra con lo que entendemos por este calificativo: los personajes no son los convertidos postcristianos, la temática aparente es más bien fronteriza y los autores son variopintos». Mohamen Saadan Saadan, *Entre la opinión pública y el cetro. La imagen del morisco antes de la expulsión* (Granada: Editorial Universidad de Granada, 2017), 98.

*Guzmán*<sup>5</sup>. La historia de Abindarráez es una breve novelita independiente, por más que se difundiera inserta en obras mayores<sup>6</sup>, pero el *Ozmín* se halla interpolado en un marco narrativo picaresco del que necesariamente se deja contaminar hasta el punto de que el moro debe convertirse en una suerte de pícaro para lograr sus ascensos<sup>7</sup>. En cuanto a las *Guerras Civiles*, se trata en verdad de dos obras tan distintas entre sí que hasta cabría plantearse si les vale el mismo género. En efecto, la *Guerra de Granada* (1619) linda casi con la crónica y abandona el idealizado horizonte nazarí para presentar una revisión crítica de la guerra de las Alpujarras; mientras que en la *Historia de los bandos* (1595) prima sin lugar a dudas lo novelesco, aun cuando no se anuncie como tal novela. Que lo es, claro, y quizás habría que decir novela de novelas, puesto que viene

---

<sup>5</sup> Teijeiro (Ibídem) amplía la nómina incluyendo, no sin reservas, dos novelas de José de Camerino: *La voluntad dividida* y *La triunfante porfía*. De esta segunda ya advirtió Carrasco Urgoiti, *Estudios sobre la novela breve de tema morisco* (Barcelona: Edicions Bellaterra, 2005), 147, que «adopta un ritmo narrativo y unos motivos secundarios –fiesta de toros, escaramuza– próximos a la modalidad morisca, pero se aparta sustancialmente de ella por prescindir de toda acción que exponga una conducta heroica o ejemplar en el plano de la guerra o de la fiesta. Además, el autor modifica las coordenadas anteriores [el modelo del *Abencerraje*] al transferir el protagonismo del proceso de amores a una pareja cristiana». Nótese que para Carrasco Urgoiti son «motivos secundarios» los que aquí nos parecen bien centrales, como se indicará más adelante; mientras que cifra la esencia morisca en el parentesco con el *Abencerraje*: es criterio que aplica igualmente a varios romances nuevos de ambientación africana.

<sup>6</sup> La *Diana* de Montemayor y el *Inventario* de Antonio de Villegas, aunque antes habían salido las versiones llamadas *Crónica* y *Corónica*. Para la historia del texto véanse, aparte del ya clásico estudio preliminar de López Estrada a su edición: "Introducción", 13-19 y 32-33; las más recientes aportaciones de Eduardo Torres Corominas: "Antonio de Villegas y Jerónimo de Millis: acuerdos y desacuerdos en torno a la segunda edición del *Inventario*", *Revista de Filología Española* 86.1 (2006): 413-434; y "Jorge de Montemayor: Un heterodoxo al servicio de la monarquía hispana", en *La Corte en Europa: Política y religión (siglos XVI-XVIII)*, ed. J. Martínez Millán, M. Rivero Rodríguez y G. Vesteegeen (Madrid: Polifemo, 2012), vol. II, 1329-1373.

<sup>7</sup> Nos interesa particularmente esta idea de la contaminación, que comentamos algo por extenso en nota por no interrumpir el hilo argumental. Seguramente los lectores de la *Diana* pudieron asociar la historia de Abindarráez con su marco pastoril, pero lo que hace Alemán es convertir a Ozmín en un pícaro, porque solo el abajamiento de su inicial condición de caballero le permite recuperar a Daraja. En el camino ha tenido que aprender a fingir y mentir; y la restauración última la recibe, a modo de don legitimador, no como fruto de sus nobles actos sino por gracia de esa monarquía católica que lo acoge en su seno. Recuérdese, además, que el modelo inspirador del *Lazarillo* es la novela clásica de transformaciones, y Ozmín deberá cambiar su nombre, esto es su identidad, varias veces antes del cambio definitivo, el del bautismo bajo el nombre de Fernando. Si tomamos como modelo picaresco la matriz de rasgos propuesta por Antonio Rey Hazas, *La novela picaresca* (Madrid: Anaya, 1990), 20-31, encontramos que varios de ellos se le aplican a Ozmín: la actitud antiheroica de quien solo con la mentira puede alcanzar su propósito; el afán de ascenso social y la parodia del honor, puesto que, aunque noble en la corte mora, para acceder a la cristiana debe comenzar como peón de albañil; la genealogía vil, no en vano es moro y tendrá que convertirse a la fe católica; el tópico del pícaro delincuente, pues como tal será tratado tras la reyerta con unos villanos; o, en fin, el encuentro con ese mundo adverso que para él es desde el primer momento el de los cristianos. Lo que sucede con Ozmín no es una contaminación de rasgos en la lectura sino en la composición misma de su historia y en la configuración del personaje, que pasa de moro a cristiano por un proceso picaresco: si Lázaro alcanzó su prosperidad y la "cumbre de toda buena fortuna" en su momento de mayor y más pública deshonor, el otrora caballero moro Ozmín, aunque libremente, solamente recupera la buena fortuna, en este caso de amores, convertido en el cristiano Fernando.

conformada por una secuencia de episodios galantes inspirados muchas veces en romances moriscos que Pérez de Hita prosifica<sup>8</sup>. De ahí que sea la obra en prosa que mejor emparenta, si no la única, con esa maurofilia esteticista del romancero nuevo; y que le pareciera a Carrasco Urgoiti la principal del ciclo morisco<sup>9</sup>. Sirva este trazo grueso para ilustrar cómo, sin necesidad por ello de venir ahora a cambiar el marbete de moriscas que tradicionalmente les ha dado unidad a las tres novelas, esta unidad tiene mucho de forzado por fundarse, en última instancia, tan solo en tratar amores de moros<sup>10</sup>.

Volviendo con el *Abencerraje*, poco queda por añadir a tanto como ya se ha escrito, salvo que nuevos datos o testimonios vinieran a sumarse a lo que hasta aquí sabemos, y no es ahora nuestro cometido. Remitimos, para su interpretación, a los excelentes estudios de López Estrada<sup>11</sup> o Rey Hazas y Sevilla Arroyo<sup>12</sup>; así como a los diversos y más recientes de Torres Corominas<sup>13</sup> acerca de su gestación, versiones y propósito. En lo que toca a la filiación genérica, ya decimos que respetaremos la convención de tenerlo por novela morisca, pero no sin antes arrojar una leve sombra. Recuérdesse, a este respecto, que lo propio hizo Lázaro Carreter con el *Lazarillo*:

La novela picaresca surge como género literario, no con el *Lazarillo*, no con el *Guzmán*, sino cuando este incorpora deliberadamente rasgos visibles del primero, y Mateo Alemán aprovecha las posibilidades de la obra anónima para su particular proyecto de escritor.<sup>14</sup>

De acuerdo con Lázaro, la proto-novela picaresca habría sido una suerte de abstracción intermedia entre el *Lazarillo* y el *Guzmán* pero, sin necesidad de entrar en esas componendas, nos quedaremos con que la historia del de Tormes no sería tanto una picaresca, por más que impulse el género, como algo distinto, llámese novela erasmista si se quiere. Pues bien, algo similar sucede con el *Abencerraje*, que inaugurando la veta maurófila del último Renacimiento y el primer Barroco es en el fondo una obra pre-morisca, puesto que todo el artificio propio del género se encuentra en ella de manera embrionaria; y por ambientación y asunto tiene más que ver con los romances viejos de frontera que con esos moriscos que inspira. Pero es que, además, puede leerse al tiempo como novela de cautiverio, pues cautivo es a fin de cuentas Abindarráez; y

---

<sup>8</sup> Es curioso que haga lo propio con romances viejos fronterizos cuando para aquella fecha su moda había pasado. Quizás pretendiera reforzar la historicidad de los romances nuevos alternándolos con otros de supuesta raíz noticiosa, pero no deja de ser conjetura difícil de probar.

<sup>9</sup> Véase nota 1.

<sup>10</sup> Algo más hay, como se podrá comprobar en la poética descrita por Teijeiro; pero allí mismo se comprobará, igualmente, lo heterogéneo de un corpus, en palabras de este autor, «tan escaso como polémico». Teijeiro, "La novela", 291.

<sup>11</sup> López Estrada, "Introducción", 59-62.

<sup>12</sup> Antonio Rey Hazas y Florencio Sevilla Arroyo, "Contexto y punto de vista en *El Abencerraje*", *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica* 6 (1987): 419-428.

<sup>13</sup> Véanse los listados en la nota 6 y añádase "El *Abencerraje*: Una lección de virtud en los albores del confesionalismo filipino", *Revista de Literatura* 75.149 (2013): 43-72.

<sup>14</sup> Fernando Lázaro Carreter, "*Lazarillo de Tormes*" en *la picaresca* (Barcelona: Ariel, 1972), 204-205.

si no nos atrevemos a aplicarle abiertamente el marbete es por haber quedado reservado para las de cautivos cristianos en manos del musulmán<sup>15</sup>. No la llamaremos, pues, de cautivo; pero por tal la tendremos *sotto voce*, siempre con las debidas prevenciones para no mezclar las novelas de cautivo canónicas con esta historia del moro y el alcaide.

Venimos de decir, sin embargo, que con la novelita queda inaugurada una nueva comprensión de la maurofilia y retorna el galante moro granadino a la corte convertido en personaje de moda como «espejo de caballeros y enamorados»<sup>16</sup>. Es sabido que su historia pasará al verso romance de la mano de esos poetas que suelen agruparse bajo el rótulo de eruditos<sup>17</sup>, y a quienes Menéndez Pidal se refirió, con indisimulado desapego, como «ramplones [...] rimadores de crónicas»<sup>18</sup>: Juan de Timoneda, Lucas Rodríguez y Pedro de Padilla<sup>19</sup>. Los suyos son romances del *Abencerraje*, sin otra adscripción genérica: ramplones o no, atinó Pidal al llamarlos rimadores y, en lo que a la novelita toca, no hacen otra cosa que versionarla en octosílabo asonantado. Lo que queremos decir es que estos poetas no están trasplantando un esquema compositivo a nuevas tramas sino, sencillamente, traduciendo a rima una novela. Convendrá, claro, antes que nada esbozar a qué nos referimos con esquema compositivo.

## SENTIDO Y FORMA DEL *ABENCERRAJE*

Tomamos el epígrafe de los bien conocidos trabajos de Joaquín Casaldueiro y, en efecto, para el *Abencerraje* conviene desbrozar sentido y forma aun cuando en literatura la forma sea siempre contenido y viceversa. Vayamos, pues, al sentido: dejando de lado su propósito ideológico<sup>20</sup>, la novelita es un ejercicio de maurofilia

<sup>15</sup> Véase el trabajo de Juan Cerezo Soler, "El *Viaje de Turquía* en el nacimiento de los relatos de cautivo", *Epos: Revista de Filología* 32 (2016): 39-52.

<sup>16</sup> María Soledad Carrasco Urgoiti, *El moro de Granada en la literatura (Del siglo XV al XX)*. Madrid: Revista de Occidente, 1956), 49. Y, aunque consideraba que la primera parte de Hita era la obra fundamental del género morisco, al *Abencerraje* se refiere como la que «mejor compendia el fenómeno de la maurofilia literaria»: "El romancero morisco de Pedro de Padilla en su *Thesoro de Varia Poesía* (1580)", ed. P. Civil, *Siglos dorados. Homenaje a Augustin Redondo* (Madrid, 2004), tomo I, 227.

<sup>17</sup> Rótulo que mantenemos por su practicidad, aun cuando compartimos las reservas del profesor Higashi, que lo considera poco afortunado y un tanto degradante, puesto que fue acuñado «para deslindar el romancero viejo, cuyos textos pretendidamente provenían de la oralidad, de aquellos otros que no pasaban de ser imitaciones cultas, despreciadas naturalmente por su esencia postiza y segundona». Alejandro Higashi, "La amplificación en el romancero erudito y artístico", en ed. J. Ll. Martos Sánchez, *Variación y testimonio único. La reescritura de la poesía* (Alicante: Publicacions de la Universitat d'Alacant, 2017), 159.

<sup>18</sup> Ramón Menéndez Pidal, *Romancero Hispánico (Hispano-Portugués, Americano y Sefardí). Teoría e Historia* (Madrid: Espasa-Calpe, 1953), vol. 2, 117.

<sup>19</sup> A quienes vendría a unirse Lobo Lasso de la Vega, autor que escribe ya durante la transición entre los romanceros viejo y nuevo que todavía publica su *Manojuelo* ya entrado el nuevo siglo.

<sup>20</sup> De nuevo remitimos a los trabajos de Rey Hazas y Sevilla Arroyo, "Contexto"; y Eduardo Torres Corominas, "El *Abencerraje*". En el primero se propone que la novelita habría sido compuesta con la

entendida como contemplación de «la figura del moro bajo un prisma de estilización favorable», por traer la cita ya imprescindible de Carrasco Urgoiti<sup>21</sup>. Se trata, por tanto, del encumbramiento de la figura del moro, convertido en quintaesencia de todos los valores galantes y caballerescos, a los que añade el exotismo de su origen y la sofisticación del idealizado imaginario nazarí. A este nuevo tipo literario, el moro granadino pasado por el tamiz de la sensibilidad cortesana, le cupo cierta fortuna y los romancistas barrocos, Lope a la cabeza, se fijaron en él para convertirlo en trasunto de sus historias de amores, fingidas o reales: de ahí que, casi de la noche a la mañana, el romancero se poblara de enamorados Zaides y Gazules, Muzas y Azarques, deudores todos ellos de Abindarráez el Mozo.

Recordaremos, sin embargo, que el personaje de Abindarráez no se pensó inicialmente como protagonista de la novela, porque en todo momento se le impone la figura del cristiano Narváez<sup>22</sup>, que lo somete por las armas y le concede, en virtud de su magnanimidad, la gracia de libertarlo para que pueda reencontrarse con Jarifa. Quedémonos, por tanto, con que en el *Abencerraje* hay un cristiano en torno al cual gira estructuralmente la novela hasta el punto de que es él quien abre y cierra la trama; y no está de más incidir en ello porque, anticipamos, en el romancero morisco no hay cristianos. En cualquier caso, la historia de Abindarráez es la de un cautivo y, aquí está el hallazgo estructural, preso de dos señores: de Narváez por las armas y de Jarifa por el amor. El tópico medieval del amor como cárcel se funde exquisitamente con un asunto fronterizo para conformar el doble cautiverio sobre el que se edifica la novela: esta es, a nuestro juicio, su verdadera entraña, por más que se escogiera como preso a un galante caballero moro y dejando por ahora de lado, hemos dicho, sus implicaciones ideológicas.

## LOS RIMADORES ERUDITOS DEL *ABENCERRAJE*

La historia, convertida en un fenómeno editorial sin precedentes desde su inclusión en la *Diana* de Montemayor<sup>23</sup>, mereció también la atención de los creadores, que descubrieron en ella un filón argumental y estético; pero no dio lugar a secuelas en prosa – como sí el *Lazarillo*– sino que el caudal de su herencia fue a parar al romancero<sup>24</sup>. Sería Timoneda el primero en pasarla la historia a verso, en la *Rosa de*

---

intención de suscitar una corriente de maurofilia política que pudiera contrarrestar esas tensiones étnicas que a la postre desembocaron en la sublevación morisca de las Alpujarras; sin descartar que su propósito fuera evitar la guerra misma. Torres Corominas profundiza en esta línea para leer la historia como una alternativa ideológica al confesionalismo omnímodo que se impone durante el reinado de Felipe II.

<sup>21</sup> Carrasco Urgoiti, *Estudios*, 63.

<sup>22</sup> Véase la argumentación de Antonio Rey Hazas, *Jarifas y Abencerrajes: Antología de la literatura morisca* (Madrid: Mare Nostrum, 2005), 19-20.

<sup>23</sup> Por ser la versión más leída.

<sup>24</sup> Caso, por cierto, curioso, cuando parecería más lógico el camino inverso, esto es que una tradición poética hubiera dado lugar a la novela. Si hubo un romance previo a esta conteniendo la historia completa de Narváez, Abindarráez y Jarifa, no nos ha llegado ni tenemos noticia de él.

*Amores* de 1573<sup>25</sup>, en un extenso romance narrativo sin apenas añadidos reseñables por parte del poeta a la historia original más allá de que introduce un banquete previo a las bodas<sup>26</sup>. De todos modos, Menéndez Pidal, que en otras ocasiones no había sido excesivamente generoso con el valenciano, no duda ahora en referirse al poema como «larguísima aportación –870 octosílabos– al género morisco»<sup>27</sup>. Lo cierto es que el verso de Timoneda no logra nunca perder cierto aroma a crónica rimada, pero de su mano entra el galante moro Abindarráez en el romancero de factura culta.

A la generación inmediatamente posterior pertenece Lucas Rodríguez, que en 1582 da a la estampa su *Romancero historiado*<sup>28</sup>, donde se incluyen algunos romances inspirados en pasajes del *Abencerraje*. Nos referimos a «Por una verde espesura», «Al campo sale Narváez» y «Cuando el rubicundo Febo», que aparecerían reeditados en la *Flor*<sup>29</sup> de Moncayo (1589); más «Crióse el Abindarráez», quién sabe si de Padilla<sup>30</sup>. Son ahora versiones muy parciales que fragmentan la trama fundante en episodios particulares donde el asunto cortés se va imponiendo al de armas pero que, sobre todo, introducen al lector en la vida doméstica de la pareja mora. «Por una verde espesura» y «Al campo sale Narváez» relatan todavía el encuentro entre Abindarráez y el campeón cristiano desde sendas perspectivas, de manera que son el uno correlato del otro; pero «Cuando el rubicundo Febo» es una ficción poética que no se corresponde con ningún pasaje concreto de la novela. En los dos primeros, no obstante, el asunto guerrero ya va pasando a un segundo plano ante la peripecia sentimental del moro, lo que indica que la lectura de la novela privilegió desde bien pronto su figura. Así, «Por una verde

<sup>25</sup> Es la fecha del romancero de Timoneda, pero el *explicit* de la *Rosa de amores* aclara que «fue impressa | esta primera parte de ro | mances en la insigne | ciudad de Valen | cia. En casa de | Joan Na | uarro. / Año. | M.D.L.XXII». Citamos a partir de la edición facsimilar de Rodríguez Moñino (Valencia: Editorial Castalia, 1963).

<sup>26</sup> Sí acorta la parte referida al elogio del linaje de los Abencerrajes, entiende López Estrada, "Introducción", 75, que «probablemente por parecerle asunto muy manido»; cosa que no puede descartarse aunque también podemos pensar que recrearse en tal elogio no le pareciera al valenciano por aquella fecha, reciente todavía el fin de la guerra civil de las Alpujarras, de lo más prudente.

<sup>27</sup> Menéndez Pidal, *Romancero*, 115.

<sup>28</sup> Seguimos la versión de Rodríguez Moñino (Madrid, Editorial Castalia: 1967), por la que citamos los textos.

<sup>29</sup> Desde aquí nos referiremos a las *Flores* –incluso en plural– siempre en mayúscula y cursiva; indicando, si procede, su ordinal también en cursiva: preferimos, por facilitar la lectura y darle homogeneidad, decir *Flor séptima* a *Séptima parte de Flor de varios romances nuevos*.

<sup>30</sup> Aparece en el *Cancionero de Pedro de Padilla* (mss. 1587 de la Biblioteca del Palacio Real) de 1588, fecha por tanto muy posterior a la primera publicación del *Romancero Historiado*. Labrador Herraiz y DiFranco tácitamente lo tienen por obra del linarense cuando justifican lo siguiente: «Solo damos como seguros de Padilla los que hemos encontrado atribuidos a él en otras fuentes de fiar [...]. Le atribuimos, sin embargo (y hasta que no prosperen otras investigaciones), todos los demás». José J. Labrador Herraiz y Ralph A. DiFranco, "Estudio preliminar", en *Cancionero de Pedro de Padilla, con algunas obras de sus amigos. Manuscrito 1587 de la Biblioteca Real de Madrid*, ed. J. J. Labrador y R. DiFranco (Moalde: Colección Cancioneros Castellanos, 2009), 78 nota 39. Y, en efecto, en el índice de autores que acompaña su edición del *Cancionero* (Ibidem, 487) no aparece atribuido a Padilla ni a Rodríguez, lo que de acuerdo con estos autores inclinaría la balanza en favor del linarense. Juega en contra del alcaláino además, o eso nos parece, el hecho de que este romance no pasara con los otros tres a la primera *Flor* de Moncayo, aunque reconocemos que como argumento dista mucho de ser concluyente.

espesura» despacha el enfrentamiento con los cristianos en ocho versos (vv. 53-60) y el duelo con Narváez en apenas otros tantos (vv. 65-72), para terminar con la confesión explícita del doble cautiverio y la primacía del amor sobre las armas: «mal podrá ser tu cautivo / el que lo es de Jarifa» (vv. 75-76). Es, con todo, versión de la historia, aunque adecuada a unos nuevos intereses que sin duda compartían Rodríguez y sus lectores. «Cuando el rubicundo Febo», por el contrario, se aparta totalmente del argumento novelesco y prefiere desplegar ante el lector una situación bien típica del romancero morisco que está por venir: la escena estática de dos damas, Fátima y Jarifa, enfrentadas por celos de un caballero que es, obviamente, Abindarráez. Hasta aquí el vínculo con la novela, porque todo lo demás son juegos y escaramuzas de los caballeros moros granadinos con motivo de la festividad de San Juan<sup>31</sup>. Está cuajando una imaginaria que en unos pocos años se convertirá en moda furiosa para público y poetas, pero por ahora lo que nos interesa es que la mirada se va centrando en el mundo moro y su vida doméstica.

Vayamos con Padilla, sin duda el más interesante<sup>32</sup> de estos poetas transicionales entre los romanceros nuevo y viejo. La materia mora en general, y particularmente la del *Abencerraje*, le fue bien querida, como se podrá comprobar en sus dos poemarios más celebrados, el *Tesoro* de 1580 y el *Romancero* de 1583. Precisamente en este aparece una larguísima versión de la novela conformada por cinco romances que sumados alcanzan casi los 600 versos. Son decimos, formalmente cinco romances, que arrancan todos con fórmulas típicas de apertura, pero lo cierto es que solo adquieren sentido pleno insertos en el conjunto. El primero de ellos podría funcionar como totalmente autónomo, e incluso concederemos que acaso el segundo; pero en modo alguno los tres restantes, lo que indica que nos encontramos, en esencia, ante un solo romance, romance-novela diría Rey Hazas<sup>33</sup>, en capítulos si se quiere. Como fuera, este hilo conductor se ciñe cabalmente a la estructura básica de la novela<sup>34</sup>:

<sup>31</sup> Indicio claro, por otra parte, de anclaje en la tradición de los viejos romances fronterizos.

<sup>32</sup> No es un juicio gratuito de valor ni reivindicación de la calidad de su poesía, tarea esta que ya ha acometido Aurelio Valladares Reguero, *Pedro de Padilla. Una singular aportación giennense a la poesía española del siglo XVI* (Jaén: Universidad de Jaén, 2010). La importancia de Padilla le viene por ser punto de engarce entre dos maneras de hacer romances. Coetáneo de su amigo Cervantes, de quien recibe conocido elogio en el primer *Quijote*, ejerció como mentor de la generación siguiente, la de Lope; y varios romances suyos aparecen junto a los de los jóvenes poetas barrocos en su inédito *Cancionero*. Su prestigio en vida, magisterio y afán experimental sentaron las bases del romancero nuevo.

<sup>33</sup> Antonio Rey Hazas, "Introducción al *Romancero* de Padilla", en P. de Padilla. *Romancero*, ed. J. J. Labrador Herráiz y R. A. DiFranco (México: Frente de Afirmación Hispanista), 31.

<sup>34</sup> Leemos sobre la edición de Labrador Herraiz y DiFranco, recién indicada y cuya numeración adoptamos.



nº 41 (130 versos)	nº 42 (102 versos)	nº 43 (116 versos)	nº 44 (104 versos)	nº 45 (144 versos)
Encuentro de armas con Narváez.	Autobiografía del moro (I): Presentación y loa de su linaje.	Autobiografía del moro (II): Comienza a narrar sus amores con Jarifa.	Autobiografía del moro (III): Abindarráez y Jarifa descubren que no son hermanos, y deben separarse.	Desenlace favorecido por la magnanimidad de Narváez
Tiempo presente	Tiempo pasado			Tiempo presente

Lo que hace Padilla es recrear la historia –sobre la versión de Montemayor<sup>35</sup>– en un molde, el verso romance, que asocia naturalmente a la narración; pero no se mete ahora a experimentos mayores<sup>36</sup> que tampoco le interesan: como antes Timoneda y Rodríguez, aunque asistido de un mayor talento<sup>37</sup>, el linarense no ha hecho otra cosa que calcar en rima la novelita. Jugar con su estructura es cosa bien distinta que seguramente no estaba entre sus intereses.

Todavía en 1632, esto es pasada ya la moda morisca y cuando el romancero nuevo enfila la recta final de su historia<sup>38</sup>, Lope incluye en la *Dorotea* un extenso romance narrativo inspirado en el *Abencerraje*, aquel que comienza «Cautivo el Abindarráez»<sup>39</sup>. Lo traemos aquí, y no en el apartado siguiente, justamente para desmarcarlo del romancero morisco que el mismo Fénix había abanderado en otro tiempo. Sánchez Jiménez lo considera «un regreso de Lope al género morisco que tanto practicó en su juventud», pero anota justo a continuación que «en esta ocasión los protagonistas no son los Gazules y Zaides, sino el Abencerraje de la novela homónima»<sup>40</sup>. Así pues, integra el que podríamos llamar romancero del *Abencerraje*, pero no nos parece que pueda considerarse morisco porque, aunque con el estilo remozado de los romances nuevos y lejos ya de los modos de Timoneda o Rodríguez, en el fondo el Fénix no hace cosa tan distinta a estos romancistas del periodo erudito. Más de cuatro décadas habían pasado, sin embargo, desde que precisamente Lope inauguró el género al tomar los moros poéticos como máscara tras la que velar su nombre pero cantar sus amoríos, ya reales o infundados, y convendrá llamar la atención

<sup>35</sup> López Estrada, "Introducción", 75.

<sup>36</sup> Cosa que sí había hecho con otros romances de tema moro del *Thesoro* en los que, anticipándose en tres décadas al *Arte nuevo* de Lope, le da a la polimetría una función expresiva y estructural. Véanse varios ejemplos comentados en el estudio de Rey Hazas, "Introducción", 31-49.

<sup>37</sup> Pese al juicio adverso de López Estrada, "Introducción", 75, quien consideraba que esta serie era muestra de la «mediocre versificación del autor».

<sup>38</sup> Respecto a lo primero, el género morisco prácticamente se extingue del romancero con la publicación de la *Flor séptima* de 1595. Véase José Luis Eugercios Arriero, "Sobre el romancero morisco en la *Flor* de Huesca (1589): porcentajes y anotaciones", en *Hipogrifo: Revista de Literatura y Cultura del Siglo de Oro* 6.2 (2018): 632-633. En cuanto a lo segundo, es verdad que durante todo el XVII se seguirán escribiendo romances nuevos, pero a partir del *Laberinto amoroso* de Chen (1618) y la *Primavera y flor* de Arias (1621) descubre Montesinos que los modos compositivos y el estilo son ya distintos. Véase "Algunos problemas del Romancero nuevo", *Romance Philology*, 6 (1952): 231-247.

<sup>39</sup> Hay edición crítica reciente en Lope de Vega, *Romances de senectud*, ed. Antonio Sánchez Jiménez (Madrid: Cátedra, 2018): 209.

<sup>40</sup> *Ibidem*, 48-49.

brevemente sobre este particular. Por supuesto que no se debe llevar al extremo aquello que Pidal llamó «edad chismográfica»<sup>41</sup>, el presunto autobiografismo de los romances nuevos –ni siquiera en los casos de Lope o Liñán–, pero uno de sus reclamos fue sin duda el pretender ocultarse los autores tras sus personajes. De ahí que no sea el de Abindarráez, contra lo que pudiera pensarse, uno de los nombres más comunes en el romancero morisco, ya que su natural asociación con la novela prácticamente lo inhabilitaba como máscara. Este «Cautivo el Abindarráez» puede ser vuelta a la querencia por el tema moro, pero es un ejercicio más próximo a aquellas versiones parciales de Lucas Rodríguez, y desde luego que no se ajusta al concepto de romance morisco que aquí barajamos y pasamos a exponer.

## EL ROMANCERO NUEVO MORISCO

Aunque de acuerdo con nuestros presupuestos lo de nuevo pueda parecer redundante, toda vez que estamos considerando que el romancero morisco es por definición romancero nuevo y dejamos fuera del corpus a los autores eruditos de transición<sup>42</sup>, hemos preferido mantener el adjetivo por cierta claridad taxonómica. Ya avisó Carrasco Urgoiti<sup>43</sup> de la dificultad de establecer las lindes con el romancero fronterizo, Fernández Montesinos<sup>44</sup> descubría en Padilla romances moriscos *avant la lettre*, y la propia García Valdecasas no se atrevió a desechar de su nómina un puñado de los de Lucas Rodríguez aun cuando en el marco teórico que la justificaba el alcaíno aparecía entre los antecedentes del género y no como integrante<sup>45</sup>: teoría y práctica son difíciles de conjugar, sobre todo cuando nos las tenemos con poetas que escriben a las puertas del romancero nuevo y anticipan algunos de sus rasgos de estilo. De uno u otro modo, y sin ser tampoco este el lugar para esbozar una poética exhaustiva<sup>46</sup>, aclararemos nuestra comprensión del género: el romancero morisco es el de la

---

<sup>41</sup> Menéndez Pidal, *Romancero Hispánico*, 130. Aunque matiza Carreira que «la que Menéndez Pidal llamó edad chismográfica pudo no serlo tanto, o debió de durar lo que hoy duran las noticias de la prensa diaria». Véase su reseña a la edición de los *Romances de juventud* a cargo de Sánchez Jiménez en *Nueva Revista de Filología Hispánica* 66.1(2018): 239.

<sup>42</sup> Con Amelia García Valdecasas, *El género morisco en las Fuentes del «Romancero General»* (Valencia: UNED Alzira - Diputación de Valencia - Interciencias 4, 1987), 23, que los adscribe a la «etapa inintermedia en que ya apuntan elementos moriscos».

<sup>43</sup> Carrasco Urgoiti, *El moro de Granada*, 47.

<sup>44</sup> José Fernández Montesinos, "El Romancero Nuevo", en *Historia y Crítica de la Literatura Española*, ed. F. López Estrada (Barcelona: Crítica, 2004), vol. II, 484.

<sup>45</sup> Nos referimos al inventario general que aporta como apéndice a *El género morisco*, 171-179, y que sigue siendo el más detallado de cuantos conocemos publicados. En cuanto a esos romances de Rodríguez que García Valdecasas no se decide a descartar, son los once que pasaron del *Romancero historiado* a la *Flor* de Huesca. Véanse la lista y nuestra opinión al respecto en Eugercios Arriero, "Sobre el romancero", 628, nota 34.

<sup>46</sup> Para lo que remitimos a Carrasco Urgoiti, *El moro*, 47-62; y, sobre todo, a los trabajos de García Valdecasas: "Formas alegóricas y simbólicas en el romancero morisco", *Boletín de la Real Academia Española* 66.237 (1986): 21-62; *El género morisco*, 25-34; y "La retórica del romancero morisco", *Revista de Literatura* 49 (1987): 23-71.

generación de Lope, Góngora y Liñán; y viene definido por forma, tema o espíritu, y ornamento. Respecto a lo primero, es un romancero que bajo el molde tradicional del octosílabo asonantado asume todo el artificio retórico de la poesía barroca al tiempo que suaviza la tosquedad narrativa del viejo. En lo que toca al tema o espíritu, se trata de poemas cortesanos, escritos desde y para la corte, que escogen al aristocrático moro granadino como máscara de amores<sup>47</sup>. El ornamento, por último, nos parece lo que mejor define el género, y nos detendremos un poco en ello por su interés para deslindar los romances moriscos tanto del *Abencerraje* como de los africanos. De Abindarráez debió de seducir a los lectores su condición de caballero enamorado, pero no menos la preciosista descripción de esas galas a la morisca con que aparece, y que se convierten en seña de identidad de un romancero donde viene exigido por código que se detallen vestimenta y adorno de los moros. Son romances en los que a menudo no pasa nada, o casi nada, más allá de una escena íntima de amor o celos; pero, a cambio, los poetas no se privan de listar marlotas y capellares, turbantes y bandas, borceguíes y albornoces, siempre de vistosos colores y los más ricos materiales preciosos. Es, decimos, un elemento que viene obligado por código, y obedece seguramente a la fascinación que entre los cristianos ejercía todavía la proverbial suntuosidad del mundo árabe.

Aplicados los tres filtros, el género queda bastante acotado en el tiempo y en los números: unos 200 romances moriscos conforman la nómina publicada por García Valdecasas, bien es cierto que limitada a las *Flores*<sup>48</sup>; y por nuestra parte estamos trabajando sobre una que, ampliada con pliegos, manuscritos y volúmenes, se queda en no más de 370<sup>49</sup>. Con todo, los que aportamos nada añaden a la poética del género<sup>50</sup> y valdrá el índice de García Valdecasas como muestra perfectamente significativa. En cuanto a los textos, el lector encontrará ejemplos de todo lo que venimos diciendo en el apartado de "Romances moriscos novelescos" del *Romancero* de Durán<sup>51</sup>, el *Romancero de Azarque* editado por Felipe Pedraza<sup>52</sup>, la antología del romancero morisco a cargo de Manuel Ruiz Lagos<sup>53</sup> o el bloque de "Romances moriscos" dentro de los recientes

---

<sup>47</sup> En este sentido, es género hermano del pastoril, que hacía lo propio con los idealizados pastores de la tradición bucólica y con el que convivió en manuscritos, pliegos y *Flores*.

<sup>48</sup> Se le deben restar, como venimos de apuntar, los romances de Lucas Rodríguez.

<sup>49</sup> No hay lugar aquí para listar nuestro inventario de romances moriscos, menos aún sus fuentes impresas y manuscritas. Actualmente nos ocupa la edición crítica de los textos, que esperamos vea la luz durante el presente año de 2019. Compárense los números, no obstante, con los del romancero pastoril, más longevo y del que ha editado José María Suárez Díez para su tesis doctoral 554 textos: "El Romancero Nuevo Pastoril" (Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2015).

<sup>50</sup> Porque los textos más emblemáticos pasaron al *Romancero General* de 1600.

<sup>51</sup> Agustín Durán, *Romancero general o Colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII. Recogidos, ordenados, clasificados y anotados por don Agustín Durán* (Madrid: Rivadeneyra, 1849), vol. 1. El bloque lo conforman los romances 1 al 257, incluida la sección de moriscos burlescos. Deben descartarse, sin embargo, los números 1 al 6 por no ser romances nuevos.

<sup>52</sup> *Romancero de Azarque de Ocaña de Lope de Vega y otros autores*, ed. F. Pedraza et al. (Ocaña: Centro de estudios sobre la Mesa de Ocaña - I.P.I.E.T. - I.B. Alonso de Ercilla, 1981).

<sup>53</sup> *Moriscos. de los romances del gozo al exilio*, ed. M. Ruiz Lagos (Sevilla: Guadalmena, 2001). Es, de las que ediciones que citamos, la de menor rigor filológico, pero aporta un buen puñado de sátiras antimoriscas que pueden ayudar a comprender la cuestión racial por los años de los decretos de expulsión.

*Romances de juventud* de Lope a cargo de Antonio Sánchez Jiménez<sup>54</sup>. Si, como creemos, en estos romances se encuentra el género morisco en su estado más puro<sup>55</sup>, en ellos se debería buscar la huella de ese moro Abencerraje a cuya moda le deben tanto los Zaides y Gazules: pues bien, en esta deuda se acaba, y no es poco, el vínculo con la novela.

Y es que, por de pronto, el *Abencerraje* sería una novela, si tal cosa existiera, más fronteriza que morisca, puesto que sucede en la frontera y se edifica sobre la estampa arquetípica de los caballeros moro y cristiano que allí combaten, aunque esta sirva de pretexto para una historia de amor. El esquema les va bien a los romances fronterizos que en los últimos compases de la Reconquista relataban anécdotas similares, pero no a los moriscos. En el romancero morisco la guerra nunca es tema<sup>56</sup>, si acaso telón de fondo, y son bien escasos los duelos. Pero no solo eso, sino que los pocos duelos que hay son siempre entre caballeros moros y por amor de dama; nunca contra cristianos porque, de hecho, en el romancero morisco desaparece la figura del cristiano. Si Pidal veía su origen en los romances fronterizos que contemplaban la acción desde el campo moro<sup>57</sup>, habrá que matizar o, al menos, completar las palabras del maestro: hubo romances viejos que, como después el *Abencerraje*, contemplaban la frontera desde el campo moro; pero los romances moriscos no miran a la frontera, sino que le dan la espalda para fijar su mirada en el mismo campo moro, en sus fiesta y galas y, sobre todo, en sus asuntos domésticos de amores y celos. Tampoco les vale el tópico del doble cautiverio porque, nuevamente, en el romancero morisco no es motivo recurrente, antes bien lo contrario si exceptuamos la prisión por celos de moros como Azarque o Arbolán<sup>58</sup>. Sí lo es el destierro, máxima expresión de la ausencia y que, como la prisión, suele obedecer a los celos de algún rey rival en amores, siempre moro también y ajeno en todo a aquella magnanimidad que encarnaba Narváez. No parece que estuviera en el ánimo de estos poetas reeditar la trama de la novela, por más que sus moros se mirasen en el espejo de Abindarráez.

---

<sup>54</sup> Lope de Vega, *Romances de juventud*, ed. A. Sánchez Jiménez (Madrid: Cátedra, 2015).

<sup>55</sup> Frente a la breve muestra que suponen la novela morisca y la llamada comedia morisca. Ya hemos indicado que la primera la componen, en el mejor de los casos, la tríada canónica del *Abencerraje*, las *Guerras civiles* y el *Ozún y Daraja*; más las dos de José de Camerino. Respecto a la comedia, aunque podríamos traer las distintas de moros conservadas de Lope, Tirso o Calderón, ya advierte Matas Caballero que «está muy lejos de ser por sí misma un género teatral». Juan Matas Caballero, "Luis Vélez de Guevara y las comedias de moros", en *Espacio, tiempo y género en la comedia española: Actas de las II Jornadas de Teatro Clásico (Toledo, 14, 15 y 16 de noviembre de 2003)*, ed. F. B. Pedraza, G. Gómez y R. González, (Almagro: Universidad de Castilla La Mancha, 2005), 322.

<sup>56</sup> De hecho, nuestro *corpus* solo registra dos que puedan considerarse de tema bélico: «¡Arriba!, gritaban todos», que transcurre en el asalto a Baza y cuya real entraña son los amores de Lisardo por Lisarda; y «Con dos mil jinetes moros», donde se describe una razia. Véanse los dos en el *Romancero General* de 1600.

<sup>57</sup> Menéndez Pidal, *Romancero*, 126,

<sup>58</sup> Nos referimos a los romances «El valiente moro Azarque» y «Preso en la Torre del Oro», incluidos ambos en el *Romancero General* de 1600.

## LOS ROMANCES AFRICANOS

Hay, sin embargo, unos pocos romances de ambientación africana, linderos con el género morisco pero que cambian la vieja frontera granadina del XV por la nueva con el Turco, y a los que nos referiremos como africanos para deslindarlos de los moriscos pero también de los de cautivos. Estos últimos, que Durán agrupó bajo el epígrafe de "Romances de cautivos forzados" y se corresponden con los números 258 al 282 de su *Romancero*<sup>59</sup>, relatan las penas de un cristiano que, preso de los musulmanes, lamenta la ausencia de su patria y de su amada. En los que llamamos africanos puede aparecer también el tema del cautiverio, pero no los incluyó don Agustín entre los de cautivo sino dentro de los moriscos y, aunque en puridad no nos lo parezcan, veremos que no iba desencaminado. Nos referimos, principalmente, a los ciclos conocidos como del español de Orán y del Albanés. El iniciador e inspirador en ambos casos es Góngora, aunque a su zaga otros poetas continuaron los ciclos y «no faltaron escribas entusiastas que se lanzaron a completar alguno de estos poemas [...] aprovechando que don Luis los había dejado a medias o no había agotado sus posibilidades narrativas»<sup>60</sup>.

El ciclo del español de Orán lo componen dos romances gongorinos, «Servía en Orán al rey» y «Entre los sueltos caballos»; y un tercero de autoría no probada, «De pechos a una ventana». Carreira, quizás el mejor conocedor de la poesía del cordobés, los considera «de la serie morisca»<sup>61</sup>, y en efecto su asunto es estrictamente amoroso, como bien ha hecho notar Martínez Góngora:

El ambiente caballeresco y la temática amorosa de los romances fronterizos se traslada a un contexto más cercano al lector contemporáneo, el constituido por el enclave norteafricano bajo dominio de la Corona española de 1509 a 1791.<sup>62</sup>

Salvando el matiz de que habría sido más técnico hablar de moriscos que de fronterizos, la idea de que estos romances son traslación del asunto amoroso cortesano a otros parajes sí parece que da razón de los textos. Sin embargo, aquí el cautiverio no es mero componente exótico sino que puede determinar la estructura, como intentaremos ilustrar. Dejando para más tarde el anónimo «De pechos en la ventana», centrémonos de momento en los dos de Góngora, «Servía en Orán al rey» y «Entre los

<sup>59</sup> Durán, *Romancero*, vol. 1.

<sup>60</sup> Antonio Carreira, "Los romances de Góngora: transmisión y recepción", *Edad de Oro* 12 (1993): 37.

<sup>61</sup> Que, a su juicio, se puede agrupar junto a la de romances cautivo porque en ambas «se combina el tono sentimental con el heroico». Antonio Carreira, "La guerra en algunos poetas líricos del siglo XVII" *Lectura y Signo* 6 (2011): 26. Ya en un trabajo anterior había situado «Entre los sueltos caballo» y «Servía en Orán al rey», juntamente con «Aquel rayo de la guerra», como piezas emblemáticas de la moda morisca dentro de la producción de Góngora. Antonio Carreira, "Góngora y el canon poético", en *El canon poético en el siglo XVII: IX Encuentro Internacional sobre Poesía del Siglo de Oro (Universidad de Sevilla, 24-26 de noviembre de 2008); organizado por el grupo de Investigación P.A.S.O. (Poesía Andaluza del Siglo de Oro)*, ed. B. López Bueno (Sevilla: Universidad de Sevilla, 2010), 400.

<sup>62</sup> Mar Martínez Góngora, "Los romances africanos de Luis de Góngora y la presencia española en el Magreb", *Calíope* 19.1 (2014): 77.

suelos caballos». Moriscos para Durán<sup>63</sup>, García-Valdecasas acepta como tal el primero<sup>64</sup>, y presupondremos que habría hecho lo propio con el otro de haberse publicado en alguna de las *Flores*. Carrasco Urgoiti no se atrevió a llamarlos directamente moriscos, sino «de puro estilo morisco», y todo porque en ellos «se cruzan ambas modalidades poéticas, predominando, a nuestro juicio, la manera morisca»<sup>65</sup>. ¿En qué consiste esta «manera morisca»? En que introducen, dice, y es obvio que en referencia al segundo, «el tema, difundido por *El Abencerraje*, de la libertad que un jefe castellano concede a un cautivo moro, a fin de que pueda llevar a feliz término sus amores»<sup>66</sup>. Para Carrasco Urgoiti, pues, lo morisco vendría dado por la filiación estructural y temática con la novelita.

Sean o no moriscos, y ya hemos adelantado que no nos lo parecen, los paralelismos estructurales con la novela son tan evidentes que parece que la calcan<sup>67</sup>. De «Entre los sueltos caballos» ya dijo García Valdecasas que «desarrolla una anécdota inspirada en el tema del *Abencerraje*»<sup>68</sup> y, en efecto, al cenete lo liberta un soldado español conmovido tras escuchar su historia, de manera que el amor vuelve a imponerse sobre las fronteras para propiciar la libertad de un musulmán cautivo. «Servía en Orán al rey» no es tampoco morisco, ni estrictamente de cautivo, y recoge la herencia de las albas medievales; pero vuelve a reeditar el esquema de la novela de manera, según se mire, más forzada o más sutil. Allí las armas se habían interpuesto en el camino de Abindarráez, que se dirigía al encuentro con Jarifa, mientras que ahora es el lecho compartido con una africana lo que amenaza con retrasar que el español acuda a la batalla. Sujeto, como el moro, a dos servidumbres, puesto que «no salir es cobardía, /ingratitude es dejalla» (vv. 23-24)<sup>69</sup>, habrá de acogerse a la misericordia de la dama, igual que había hecho Abindarráez con el alcaide cristiano; y así solicita de ella, en las cuartetas finales añadidas por un continuador apócrifo<sup>70</sup>, «licencia para que salga / al rebato en vuestro nombre» (vv. 50-51). Puestos en paralelo, los textos dicen de una estructura, la del *Abencerraje*, que el cordobés tiene bien asumida y está aplicando, a lo que parece, de manera consciente.

Viene a completar la serie un tercer romance anónimo, «De pechos a una ventana», que comparte con los dos anteriores el enclave norteafricano y la disparidad de cultos entre los amantes, nuevamente una dama musulmana y un soldado español que la abandona, esta vez sin solicitarle licencia, para cumplir con sus obligaciones militares. Si la «manera morisca», que decía Carrasco Urgoiti, tiene que ver con las reminiscencias del *Abencerraje*, ninguna encontramos aquí más allá del enfoque

<sup>63</sup> Durán, *Romancero*, vol. 1, 122-123.

<sup>64</sup> Puesto que aparece en su nómina.

<sup>65</sup> Carrasco Urgoiti, *El moro*, 54.

<sup>66</sup> *Ibidem*.

<sup>67</sup> De esto ya hemos escrito algo en «No como prenda cautiva»: el cautiverio en el canon del romancero nuevo», en *Letras anómalas. Estudios sobre textos y autores hispánicos más allá del canon*, ed. J.L. Eugercios, S. García y M. Piqueras (Madrid: Philobiblión, 2018), 92-93.

<sup>68</sup> García Valdecasas, *El género morisco*, 50.

<sup>69</sup> Citamos por la edición de Carreira: Luis de Góngora, *Romances*, ed. Antonio Carreira (Barcelona: Quaderns Crema, 1998), vol. I, 412-417.

<sup>70</sup> Según anota el manuscrito *Chacón*. Véanse el testimonio y las cuartetas en *Ibidem*, 405-406.

maurófilo; y, sin embargo, nos parece el más morisco de los tres por aspectos como, por ejemplo, el detalle con que se describen las galas del caballero, aunque ahora sea cristiano:

Vestístete armas de acero,  
gola, peto, espada y guante,  
adarga, lanza y caballo,  
almete, cinta y plumaje,  
espada y daga dorada  
con borceguí y acicate,  
sin cuello, banda ni liga,  
que es adorno de galanes.  
(*Romancero General*<sup>71</sup>, 1600, vv. 33-40)

O el calco paralelístico de uno de los romances moriscos más conocidos, «Si también arrojas lanzas», aunque ahora la dama no afee al español su cobardía en batalla, antes bien lo contrario:

Si también corres jinetes  
como corrida dejaste  
a quien, corrida de tantos,  
tú, sin correr, alcanzaste;  
si tanto sientes mi ausencia  
como sentiste el son grave,  
el cual fue causa, mi bien,  
que te fuiste y me dejaste.  
(*Romancero General*, 1600, v. 49-56)

Curiosamente, el romance más próximo a los moriscos es aquel en el que más se disipa, caso de haberla, la huella del *Abencerraje*; y aquel que no debemos a Góngora. Se diría que, mientras el cordobés buscaba con sus romances africanos una alternativa a los moriscos del modelo lopesco explotando las posibilidades estructurales y narrativas de la novela, su continuador se quedó apenas en la superficie, esto es en el motivo norteafricano, y anclado todavía en el código morisco más canónico.

El otro ciclo de romances africanos, los del Albanés, fue también inaugurado por Góngora y hace los números 217 al 220 del *Romancero* de Durán, nuevamente entre los moriscos. Bajo este cristiano cautivo del Turco es probable que se encubriese el duque de Alba<sup>72</sup>, de quien anota don Agustín que «se le suponen aventuras y amores caballerescos»<sup>73</sup>; y su figura da lugar a una serie de cuatro romances: «Criábase el

---

<sup>71</sup> En este y los demás textos tomados del *Romancero General* adaptamos las grafías a los usos actuales, siempre y cuando no se resienta la fonética; y puntuamos a la moderna.

<sup>72</sup> Bien el quinto duque, Antonio Álvarez de Toledo, según suponía Millé; bien al cuarto, Fadrique Álvarez de Toledo, como defendieron Menéndez Pidal o Rafael Osuna y le parece más probable a Carreira. Véase *Ibidem*, 336-337.

<sup>73</sup> Durán, *Romancero*, 114.

Albanés», «Tuvieron Marte y Amor», «Regocijada y contenta» y «Detente, buen mensajero». Como sucedía con los del español de Orán, el ciclo lo inicia Góngora con el primero de los listados y a su zaga habrían sido compuestos los tres restantes<sup>74</sup>. Es este, «Criábase el Albanés»<sup>75</sup>, el que ahora más nos interesa por razón de su autor y, nuevamente, por el vínculo consciente que establece con la novelita de Abindarráez. De morisco tendrá poco cuando el protagonista es un cautivo cristiano en la corte de Amurates II, pero García Valdecasas lo incluye en la nómina por similar criterio al aducido más arriba para otros: «el motivo del niño que es criado en la corte como si fuera hijo del rey, de índole novelesca, enlaza este romance con la tradición morisca y el Romancero del *Abencerrajes*»<sup>76</sup>. Son, ya lo hemos dicho, cosas distintas, pero ciertamente el poema le debe mucho a aquella historia no ya solo, que también, por la crianza del Albanés; sino por hacerse preso, como Abindarráez, de dos cautiverios que vienen a solaparse cuando el dios Amor «un lazo vio que era poco / y quiso con dos vendalle» (vv. 55-56). Y todavía abundará Góngora en el asunto al contrastar su imperio – de Amor– con los méritos guerreros del joven:

Mas, ¿qué aprovecha domar  
invencibles capitanes  
y contraponer el pecho  
a mil peligros mortales,  
si un niño ciego lo vence,  
no más armado que en carnes,  
y en el corazón le deja  
dos harpones penetrantes?  
(vv. 21-28)

Arpones que son «los ojos süaves / de las dos más bellas turcas / que tiene todo el Levante» (v. 30-32), no hará falta insistir más. Los otros tres romances del ciclo<sup>77</sup> se inspiran en este primero y tienen por trasfondo la prisión del Albanés, pero está cada vez más disipado y sin aprovechamiento estructural. Todavía «Regocijada y contenta» le dedica un guiño al solapamiento del amor y las armas en ese el juego de palabras que pone en boca de la turca, cuyo nombre se nos descubre ahora: «Dime, Arselinda, que estás / por un cautivo cautiva» (vv. 13-14); pero ahí queda todo. «Detente, buen mensajero» hace que al Albanés lo hayan apresado unos moros en Roncesvalles<sup>78</sup> para venderlo a Amurates, pero ya no aparece el cristiano sino por alusiones, puesto que el romance es todo él la conversación entre una dama francesa y un mensajero sirviente de él. Lo que a ella le interesa es, particularmente, conocer:

<sup>74</sup> Véase Góngora, *Romances*, 338.

<sup>75</sup> Que citamos de nuevo por Carreira. *Ibidem*, 341-344.

<sup>76</sup> García Valdecasas, *El género morisco*, 51.

<sup>77</sup> Leemos por el *Romancero General* de 1600.

<sup>78</sup> Motivo por el que anota Durán, *Romancero*, vol. 1, 114, que «imita a los de Roldán».



qué damas entran a verle  
que, ganando en visitarle  
obras de misericordia,  
de injusticia me las hacen.  
(vv. 13-16).

Y es difícil que el poeta no tuviera en mente las inquisiciones de Zaida sobre Zaida en tantos romances de Lope como, por ejemplo, «Di, Zaida, de qué me avisas»:

que, si pregunto en qué entiendes  
o quién viene a visitarte,  
son fiestas de mi tormento  
ver qué visitas te aplacen.  
(*Romancero General*, 1600, vv. 5-8)

En cuanto a «Tuvieron Marte y Amor», relata unas fiestas palaciegas celebradas en la corte y asimila al Albanés con esos caballeros del romancero morisco que se destacaban en otras similares, sobre todo de cañas y toros. El romance parece hecho a la medida de los moriscos festivos en que un caballero moro se enfrenta a sus rivales no en duelo directo, sino imponiéndose sobre ellos en el juego o la lidia. Suelen arrancar estos romances con el desfile de los caballeros que acuden a la fiesta, detallándose normalmente sus origen o linaje como parte del adorno de la misma. Así, «Antes que el Sol su luz muestre», por donde desfilan:

los de Úbeda y Andújar,  
los de Córdoba y Baeza,  
de Málaga y de Jaén,  
de Écija y de Lucena,  
de Vélez y de Molina,  
de Jerez de la Frontera;  
y, entre todos, se señala  
Mohazén el de Antequera [...]  
(*Romancero General*, 1600, vv. 29-36)

Tan similar a este que nos ocupa:

Tuvieron Marte y Amor  
un día grandes combates  
en unas reales justas  
en las cortes de Amurates.  
Juntas, pues, muchas naciones  
de moros, turcos y alarbes,  
entre todos se señala  
el Albanés, muy pujante [...]  
(vv. 1-8)

Además, el Albanés combatirá movido por «el favor que Arselinda, / desde un corredor, le hace» (vv. 13-14); cosa común en tantos romances moriscos donde el protagonista se esfuerza por hacer méritos a los ojos de alguna dama que lo observa entre el público. Se cambia ahora el toro por un león al que somete el Albanés, pero el esquema seguido es claramente morisco. Piénsese en «Estando toda la corte», donde Gazul rejonea un toro:

saca el codo junto al pecho,  
llega el puño, el brazo saca  
y, picando el fuerte cuello,  
cuero, carne y vida rasga.  
[...]  
de cuya herida, en un punto,  
revuelta en la sangre escapa  
la vida, dejando a muchos  
(*Romancero General*, 1600, vv. 81-84, 93-95)

Y compárese de nuevo con este del Albanés que estamos comentado:

Tuvo gran cuenta el guerrero  
y, para mejor matarle,  
metió en la boca al león  
el bastón; y presto ase  
de un corto y fino puñal  
con que dos heridas hace  
al león en las entrañas,  
por do sale vida y sangre.  
(vv. 49-56)

Nuevamente se cumple lo que apuntábamos para el español de Orán, y es que Góngora propone variaciones sobre el tema y estructura del *Abencerraje* pero sus continuadores, aun siguiendo el pretexto argumental comenzado por él, retornan indefectiblemente al modelo morisco.

## CONCLUSIONES

Aun respetando la convención de que sea el *Abencerraje* la novela morisca por antonomasia y, desde luego, la obra que marca el inicio del género, se debe reconocer que la suya es una trama de frontera y que mantiene todavía un anclaje firme en la tradición del romancero fronterizo. Que los romances moriscos se miraran en el espejo de Abindarráez es cosa que tampoco se duda, pero ahora la frontera desaparece y, con ella, la estampa típica del moro y el cristiano en encuentro de armas. No extrañará cuando estos romances nacen de la fascinación por el caballero moro y el imaginario estético nazari, de manera que dan la espalda al campo de batalla para sumergirse en la

rememoración idealizada de una Granada pretérita, con especial atención a sus fiestas, galas y asuntos domésticos de amores cortesianos. Precisamente por ello ningún romance morisco se ciñe al armazón estructural de la novela, prefiriendo los romancistas barrocos el ornato al argumento.

Tampoco se ciñen las otras dos obras señeras del género, la de Pérez de Hita y la de Alemán. Curiosamente, aunque escape ya al objeto de este trabajo, donde mejor se conserva el esquema del *Abencerraje* es en la comedia culta de cautivo, y ahí están de muestra varias obritas de Cervantes entre las que descuella *El gallardo español*<sup>79</sup>. Pues bien, lo mismo que el alcaíno, pero esta vez en verso, lo hizo Góngora con sus romances africanos, tan próximos por ambientación a los de cautivo pero que la crítica nunca se atrevió a incluir entre estos precisamente por lo evidente de su raíz no tanto morisca sino novelesca: eran, de hecho, variaciones sobre el tema del *Abencerraje* presentadas como alternativa al romancero morisco canónico que por los mismos años copaba las *Flores* pero comenzaba a cansar a lectores y poetas<sup>80</sup>.

¿Adónde queremos, pues, llegar? A que el *Abencerraje*, que hemos acogido como novela morisca tras deslizar que, en el fondo, nos parece más bien fronteriza, admite por igual ser leído como novela de cautivo; y a que esta fue la lectura que privilegiaron los dos autores más experimentales, si vale el término, de nuestro siglo de oro: Cervantes y Góngora. El primero no estaba previsto en nuestro negociado, de manera que nos quedaremos con el cordobés, que seguramente no vio en los distintos ciclos internos del romancero nuevo, desde el pastoril al morisco, otra cosa que pretextos para exhibir su talento y técnica. Una vez agotadas las vías de estos ciclos tan codificados no le quedó sino tantear nuevos caminos, y se le abrió la veta de esa nueva frontera que era la turca, menos preciosista que la vieja nazarí pero igualmente fértil si, con ella, se recuperaba aquella historia fundante del género morisco pero tan poco explotada por este. Góngora, al igual que Cervantes, leyó el *Abencerraje* como la historia de un cautivo doblemente preso y se la llevó a Orán, que es donde mejor podía reeditarse la frontera del XV. Sus imitadores pudieron no valorar el hallazgo o, más probable, no supieron desprenderse del pesado lastre del código morisco, tan fijo y estable.

---

<sup>79</sup> Para las comedias de cautivo en general véase Antonio Rey Hazas, "Las comedias de cautivos de Cervantes". en *Los imperios orientales en el teatro del Siglo de Oro. Actas de las XVI Jornadas de teatro clásico. Almagro, julio de 1993*, ed. F. B. Pedraza Jiménez y R. González Cañal (Almagro: Universidad de Castilla-La Mancha, 1994), 29-56. Junto con estas comedias, léase la historia del *Capitán cautivo*, interpolada en el *Quijote* de 1605 y que tanto tiene que ver con lo que venimos hablando.

<sup>80</sup> Remitimos de nuevo a nuestro trabajo acerca de la suerte editorial del ciclo morisco: "Sobre el romancero", 632-634.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Carrasco Urgoiti, María Soledad, *El moro de Granada en la literatura (Del siglo XV al XX)*. Madrid: Revista de Occidente, 1956).
- Carrasco Urgoiti, María Soledad, *Estudios sobre la novela breve de tema morisco* (Barcelona: Edicions Bellaterra, 2005).
- Carreira, Antonio, "Góngora y el canon poético", en *El canon poético en el siglo XVII: IX Encuentro Internacional sobre Poesía del Siglo de Oro (Universidad de Sevilla, 24-26 de noviembre de 2008); organizado por el grupo de Investigación P.A.S.O. (Poesía Andaluza del Siglo de Oro)*, ed. B. López Bueno (Sevilla: Universidad de Sevilla, 2010), 395-420.
- Carreira, Antonio, "La guerra en algunos poetas líricos del siglo XVII", *Lectura y Signo* 6 (2011): 11-30. DOI <https://doi.org/10.18002/lys.v0i6.3548>.
- Carreira, Antonio, "Los romances de Góngora: transmisión y recepción", *Edad de Oro* 12 (1993): 33-40.
- Cerezo Soler, Juan, "El *Viaje de Turquía* en el nacimiento de los relatos de cautivo", *Epos: Revista de Filología* 32 (2016): 39-52. DOI <https://doi.org/10.5944/epos.32.2016.19668>.
- Durán, Agustín, *Romancero general o Colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII. Recogidos, ordenados, clasificados y anotados por don Agustín Durán* (Madrid: Rivadeneyra, 1849), 2 vols.
- *El Abencerraje (Novela y romancero)*, ed. F. López Estrada, (Madrid: Cátedra, 2005).
- Eugercios Arriero, José Luis, "«No como prenda cautiva»: el cautiverio en el canon del romancero nuevo", en *Letras anómalas. Estudios sobre textos y autores hispánicos más allá del canon*, ed. J.L. Eugercios, S. García y M. Piqueras (Madrid: Philobiblion, 2018), 81-100.
- Eugercios Arriero, José Luis, "Cuando la Corte mira a la frontera: Génesis y disolución del romancero morisco", en *La Corte Del Barroco. Textos Literarios, Avisos, Manuales de Corte, Etiqueta Y Oratoria*, ed. A. Rey Hazas, M. de la Campa Gutiérrez y E. Jiménez Pablo (Madrid: Polifemo, 2016), 655-681.
- Eugercios Arriero, José Luis, "De la sublevación de las Alpujarras al romancero morisco", en *Viejos son, pero no cansan. Novos Estudos sobre o Romancero*, ed. Sandra

- Boto (Coimbra: Universidade de Coimbra - Fundación Ramón Menéndez Pidal, [en prensa]).
- Eugercios Arriero, José Luis, "Sobre el romancero morisco en la *Flor de Huesca* (1589): porcentajes y anotaciones", en *Hipogrifo: Revista de Literatura y Cultura del Siglo de Oro* 6.2 (2018): 621-637. DOI <http://dx.doi.org/10.13035/H.2018.06.02.43>
- Fernández Montesinos, José, "Algunos problemas del Romancero nuevo", *Romance Philology* 6 (1952): 231-247.
- Fernández Montesinos, José, "El Romancero Nuevo", en *Historia y Crítica de la Literatura Española*, ed. F. López Estrada (Barcelona: Crítica, 2004), vol. II.
- García Valdecasas, Amelia *El género morisco en las Fuentes del «Romancero General»* (Valencia: UNED Alzira - Diputación de Valencia - Interciencias 4, 1987).
- García Valdecasas, Amelia, "Formas alegóricas y simbólicas en el romancero morisco", *Boletín de La Real Academia Española* 66.237 (1986): 21-62.
- García Valdecasas, Amelia, "La retórica del romancero morisco", *Revista de Literatura* 49 (1987): 23-71.
- Góngora, Luis de, *Romances*. ed. Antonio Carreira (Barcelona: Quaderns Crema, 1998), 4 vols.
- Higashi, Alejandro, "La amplificación en el romancero erudito y artístico", en *Variación y testimonio único. La reescritura de la poesía*, ed. J. Ll. Martos Sánchez, (Alicante: Publicacions de la Universitat d'Alacant, 2017), 159-179.
- Lázaro Carreter, Fernando, "*Lazarillo de Tormes*" en la *picaresca* (Barcelona: Ariel, 1972).
- Martínez Góngora, "Los romances africanos de Luis de Góngora y la presencia española en el Magreb", *Calíope* 19.1 (2014): 77-102. DOI <https://doi.org/10.5325/caliope.19.1.0077>.
- Matas Caballero, Juan, "Luis Vélez de Guevara y las comedias de moros", en *Espacio, Tiempo Y Género En La Comedia Española: Actas de las II Jornadas de Teatro Clásico (Toledo, 14, 15 Y 16 de Noviembre de 2003)*, ed. F. B. Pedraza, G. Gómez y R. González, (Almagro: Universidad de Castilla La Mancha, 2005).
- Menéndez Pidal, Ramón, *Romancero Hispánico (Hispano-Portugués, Americano y Sefardí). Teoría e Historia* (Madrid: Espasa-Calpe, 1953), 2 vols.

- Padilla, Pedro de, *Cancionero de Pedro de Padilla, con algunas obras de sus amigos. Manuscrito 1587 de la Biblioteca Real de Madrid*, ed. J. J. Labrador y R. DiFranco (Moalde: Colección Cancioneros Castellanos, 2009).
- Rey Hazas, Antonio y Sevilla Arroyo, Florencio, "Contexto y punto de vista en *El Abencerraje*", *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica* 6 (1987): 419-428.
- Rey Hazas, Antonio "Introducción a La Novela Del Siglo de Oro, I (Formas de narrativa idealista)", *Edad de Oro* 1 (1982): 65-105.
- Rey Hazas, Antonio, "Introducción al *Romancero* de Padilla", en P. de Padilla, *Romancero*, ed. J. J. Labrador y R. A. DiFranco (México: Frente de Afirmación Hispanista), 15-95.
- Rey Hazas, Antonio, "Las comedias de cautivos de Cervantes", en *Los imperios orientales en el teatro del Siglo de Oro. Actas de las XVI Jornadas de teatro clásico. Almagro, julio de 1993*, ed. F. B. Pedraza Jiménez y R. González Cañal (Almagro: Universidad de Castilla-La Mancha, 1994), 29-56.
- Rodríguez, Lucas, *Romancero historiado*, ed. A. Rodríguez Moñino (Madrid, Editorial Castalia: 1967).
- Saadán Saadán, Mohamed, *Entre la opinión pública y el cetro. La imagen del morisco antes de la expulsión* (Granada: Editorial Universidad de Granada, 2017).
- Suárez Díez, José María, "El Romancero Nuevo Pastoril" (Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2015).
- Teijeiro Fuentes, "La novela de moros y cristianos entre la ficción y la realidad: la llamada novela morisca", en *De los caballeros andantes a los peregrinos enamorados. La novela española en el siglo de oro*, ed. M. A. Teijeiro Fuentes y J. Guijarro Ceballos (Cáceres: Eneida, 2007), 287-319.
- Timoneda, Juan de, *Rosas de romances*, ed. facsímil A. Rodríguez Moñino (Valencia: Editorial Castalia, 1963).
- Torres Corominas, Eduardo, "Antonio de Villegas y Jerónimo de Millis: acuerdos y desacuerdos en torno a la segunda edición del *Inventario*", *Revista de Filología Española* 86.1 (2006): 413-434.
- Torres Corominas, Eduardo, "El *Abencerraje*: Una lección de virtud en los albores del confesionalismo filipino", *Revista de Literatura* 75.149 (2013): 43-72. <https://doi.org/10.3989/revliteratura.2013.01.003>.

Torres Corominas, Eduardo, "Jorge de Montemayor: Un heterodoxo al servicio de la monarquía hispana", en *La Corte en Europa: Política y religión (siglos XVI-XVIII)*, ed. J. Martínez Millán, M. Rivero Rodríguez y G. Vesteegeen (Madrid: Polifemo, 2012), vol. II, 1329-1373.

Valladares Reguero, Aurelio, *Pedro de Padilla. Una singular aportación giennense a la poesía española del siglo XVI* (Jaén: Universidad de Jaén, 2010).

Vega, Lope de, *Romances de juventud*, ed. A. Sánchez Jiménez (Madrid: Cátedra, 2015).

Vega, Lope de, *Romances de senectud*, ed. A. Sánchez Jiménez (Madrid: Cátedra, 2018).

Recibido: 13 de febrero de 2019  
Aprobado: 11 de marzo de 2019